

Claudia Darrigrandi Navarro

María Josefina Barajas. *Textos con salvoconducto: La crónica periodístico-literaria venezolana de finales del siglo XX. Colección Arte y Literatura*

Caracas: Universidad Central de Venezuela-
Ediciones de la Biblioteca/EBUC-Comisión de
Estudios de Postgrado-FHE, 2013. 348 pp.

Directora del Centro de Investigación y Documentación (CIDOC) de la Facultad de Comunicaciones y Humanidades de la Universidad Finis Terrae. PhD en Literatura Latinoamericana por la Universidad de California, Davis.

Entre sus publicaciones se destacan *Huellas en la ciudad: Santiago de Chile y Buenos Aires, 1880-1935* (Santiago: Cuarto Propio, 2015); *Escrituras a ras de suelo: Crónica latinoamericana del siglo xx*, co-editora (con Marcela Aguilar, Claudia Darrigrandi y Antonia Viu; Santiago de Chile: Ediciones Finis Terrae, 2014); “De ‘fulano’ a dandy: escenarios, performance y masculinidad en Potpourri de Eugenio Cambaceres” (ensayo incluido en el libro *Entre hombres. Masculinidades del siglo XIX en América Latina*; Iberoamericana - Vervuert, 2010). Entre sus artículos recientes se encuentran: “‘Gente que uno ve pasar sin dejar huella’: El roto en las portadas de la novela de Joaquín Edwards Bello”. *Revista Iberoamericana* 250 (2015): 73-94; “¿Y después de la crónica modernista qué? Otra experiencia de la ciudad en la crónica de Teófilo Cid, Daniel de la Vega y Jenaro Prieto”. *Anales de Literatura Chilena* 22 (2014): 29-44; “Crónica latinoamericana: algunos apuntes sobre su estudio”. *Cuadernos de Literatura* 17,34 (2013): 122-143. Correo electrónico: cdarrigrandi@uft.cl

La escritura de esta reseña ha sido realizada en el marco del proyecto Fondecyt Iniciación N° 11140881, del cual la autora es la investigadora responsable.

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>



TEXTOS CON SALVOCONDUCTO: La crónica periodístico-literaria venezolana de finales del siglo XX (2013) de María Josefina Barajas (Universidad Central de Venezuela) es un libro que analiza la crónica, principalmente, como género discursivo. Esta obra es el resultado de una investigación sólida, que comprende un corpus de crónicas periodístico-literarias venezolanas amplísimo y que revela una lectura minuciosa. El texto presenta un análisis fino que pone mucha evidencia ante los ojos del lector, lo que se traduce en la citación constante de las numerosísimas crónicas que componen su corpus de estudio. En este contexto, quisiera destacar el esfuerzo intelectual de la investigadora por ordenar e identificar hilos conductores en un conjunto extenso de crónicas. Hay una mirada clara, ordenada, que interroga y que, con ello, da forma y sentido a un grupo diverso de escrituras que circularon por la prensa venezolana en las últimas décadas del siglo XX. Además, sus páginas se informan de un nutrido repertorio conceptual tomado de Michel Foucault, Humberto Giannini, Paul Veyne, Susana Rotker, por mencionar algunos de los teóricos y críticos que sostienen esta investigación.

María Josefina Barajas es Doctora en Letras por la Universidad Simón Bolívar y actualmente se desempeña como Profesora Agregada en la Escuela de Letras y de la Maestría en Estudios Literarios de la Universidad Central de Venezuela. Sus áreas de especialización son la crónica periodística-literaria, y la teoría y la crítica literaria latinoamericanas. El libro que aquí se reseña fue finalista en la décima edición del Concurso Anual Transgenérico de la Fundación para la Cultura Urbana, que tuvo lugar en el año 2010. De todos modos, este no es el primer libro de la autora: en 1998 publicó *Imaginarios de una cotidianidad (Puerto Rico en sus crónicas periodístico-literarias de los años 80)*, proyecto con el que da inicio a su estudio de la crónica periodístico-literaria hispanoamericana.

Uno de los desafíos que implica hablar de crónicas hoy es delimitar lo que entendemos por ese género. En este ejercicio de identificar su objeto de estudio, María Josefina Barajas entrega sucintamente, a modo de introducción, una genealogía de la crónica, destacando, principalmente, la crónica histórica y la modernista. Las que estudia la académica venezolana son “periodístico-literarias”, por su carácter híbrido —ya clásico para quienes estudiamos la crónica— entre el periodismo y la literatura; un tópico bastante estudiado para el periodo modernista. De este modo, adscribe lo literario al ámbito de la ficción y lo periodístico al de la información (noticia, hecho o suceso), aunque desde un inicio es enfática en señalar que la crónica no es “ni historia ni literatura ni periodismo del todo. Acaso textualidades que circulan en el espesor de documentos memorables, en la liviandad de los periódicos o en algunas junturas de textos literarios o no ficcionales, llamados *compilaciones*” (41, cursivas del

original). En este punto quisiera destacar que la autora señala constantemente que la crónica es también un género discursivo vinculado con la historia y con las ciencias sociales: tanto con la historia de los grandes procesos como con la de lo cotidiano, de la vida privada; con historias pequeñas que se circunscriben en procesos más largos. En otras palabras, al definir el género, el libro *Textos con salvoconducto* posee el gran mérito de sobrepasar el rasero que lo circunscribe como el resultado del encuentro dado entre la literatura y el periodismo. Las crónicas son escrituras que circulan con “salvoconducto” por distintos saberes y disciplinas, sin quedarse ancladas en ninguna área específica del conocimiento. Ahora bien, en ese ejercicio la autora identifica las regularidades discursivas que, dentro de su desarrollo argumental, le permiten plantear por qué esas escrituras pueden ser reconocibles como crónicas. Algunas de esas regularidades serían la ambigüedad de sentidos que son características distintivas del lenguaje literario; el que son relatos posibles y verosímiles, es decir, “lo que la gente cree que es real” (32), y que se articulan en torno a noticias o que no tienen altos contenidos de actualidad, convirtiéndose, de este modo, en relatos compartidos. Además, poseen un modo narrativo particular; existe una necesidad de dar a conocer algo, y el modo en que se presenta el sujeto de las crónicas también tiene sus señas distintivas: es un ciudadano más que hace explícitas sus huellas en el texto. Por último, y quizás una de las cualidades más novedosas, es que son, según Barajas, escrituras sin cierre; sin conclusión. De todos modos, las regularidades discursivas no son el único punto en común de ese corpus de crónicas: otros serían “los temas u objetos de habla de las crónicas”; los y las cronistas como “los sujetos autorizados para hablar su lenguaje”, y “los modos de hablar” (313-319).

El libro está organizado en tres capítulos, más una introducción (“Una de las tantas canciones de ayer”) y una breve conclusión (“Textos con salvoconducto”). El corpus del texto se compone de crónicas que fueron publicadas originalmente en prensa para luego pasar a formar parte de antologías y compilaciones desarrolladas por autoras y autores venezolanos desde finales de la década de los setenta hasta el año 2000. Los autores y las autoras de los cuales se hace cargo este estudio son Pablo Antillano (*Fechorías y otras crónicas de bolsillo*, 2000), José Ignacio Cabrujas (*El país según Cabrujas*, 1992 y 1997), Sergio Dahbar (*Sangre, dioses, mudanzas (crónicas)*, 1989), José Roberto Duque (*Guerra nuestra. Crónica del desamparo (1996-1999)*, 1999), Ben Ami Fihman (*Los cuadernos de la gula*, 1983), Earle Herrera (*Caracas 9mm. Valle de balas*, 1993), Nelson Hippolyte Ortega (*Para desnudarte mejor. Realidad y ficción en la entrevista*, 1993), Elisa Lerner (*Crónicas ginecológicas*, 1984) y Milagros Socorro

(*Criaturas verbales*, 2000). En este sentido, es sorprendente la inclusión de un corpus de esta magnitud y que la autora logre darle el espacio debido a cada uno de los cronistas, con una muestra significativa de sus textos, sobre todo porque esta investigación, como mencioné anteriormente, no se ocupa solamente de revelar un corpus textual y de cronistas, sino que intenta, exitosamente, abordarlo desde problemas, preguntas y temas definidos adecuadamente.

Barajas introduce su estudio con un comentario sobre una canción: “El periódico de ayer” de Héctor Lavoe, salsero puertorriqueño. De este modo, recordando un hito de la cultura popular, la autora nos acerca a la crónica en tanto escritura; sin embargo, esta canción también le permite a la autora del libro hacer visible otro asunto: el paso del periódico al libro. Esos enunciados, que fueron registrados inicialmente en la prensa, “perviven, procuran ser leídos más allá de aquel día inicial de su manifestación en el impreso” (16). Este libro propone la aplicación de una perspectiva interdisciplinaria de principio a fin, no solo porque constantemente nos recuerda que la crónica es el resultado de más de una práctica discursiva y que los objetos de los cuales se hace cargo son compartidos con otras disciplinas, sino porque, además, su análisis se informa de un archivo bibliográfico que se compone de libros escritos desde las ópticas del periodismo, la literatura, la historia y las ciencias sociales; archivo del que, por motivos de espacio, esta reseña no puede dar cuenta en detalle. La autora del libro se hace cargo de esa interdisciplinariedad intrínseca, que pareciera caracterizar la crónica, al plantear y argumentar cuál es su particularidad, su especificidad y su aporte al conocimiento de órdenes intelectual y social, al mismo tiempo que señala pistas sobre las formas y desde qué aristas las crónicas periodístico-literarias se vinculan con el periodismo, la literatura, la historia y las ciencias sociales:

[e]n la red de informaciones propia del mundo de las crónicas, el cronista parece concentrar sus energías en la comunicación de relatos no solo en términos que lucen propios del sujeto del discurso periodístico (quien va tras información y quien luego la da a conocer a una comunidad), sino también bajo modelos semejantes a los empleados por los sujetos de las ciencias sociales, de la historia por ejemplo o de la sociología y la psicología. (204)

De este modo, al reconocer que tanto la historia como las ciencias sociales comparten con las crónicas el mismo objeto (acontecimientos, hechos, situaciones, personas) y al nutrirse, a veces, de sus formas de operar, el libro de Barajas se convierte en un gesto que solicita un lugar para la crónica periodístico-literaria en estas otras disciplinas.

En el primer capítulo, “Las urgencias de la vida cotidiana: Eso que no pueden dejar de decir las crónicas”, Barajas se ocupa de problematizar de manera fecunda un tópico del que la crónica se ha hecho cargo desde larga data, pero que no necesariamente se ha estudiado a profundidad: lo cotidiano. Gran parte del capítulo se enfoca en explicar cómo las crónicas venezolanas de finales del siglo XX dan cuenta de la cotidianidad al mismo tiempo que se convierten en parte del día a día de los venezolanos. En ese contexto, la autora dedica un buen número de páginas a explicar la manera como entiende la escritura no ficcional de las crónicas. En consecuencia, recurriendo a marcos teóricos clásicos y contemporáneos, Barajas plantea que la escritura de la crónica periodística-literaria se articula por una “dinámica de lo veraz”: aquello de lo que se habla en estos textos es “verosímil” (42) y estos dan cuenta de un posible “que puede ser verdadero” (44). En este sentido añade:

Los textos de crónicas resultan verosímiles en la medida en que se integran al movimiento impuesto por cierto conjunto temático que forma parte de la verdad escrutada por la historia. Las crónicas se sitúan en relación de similitud o de identidad temática con quehacer natural, un modo de vida social natural, por empíricamente sustanciado, por real, por existente . . . que la historia y la historiografía asumen como parte de su objeto, y las ciencias sociales en general toman como propios. (53)

En esa tarea, Barajas arguye que a pesar de lo locales y propios que puedan ser los asuntos abordados por los cronistas, hay en estas escrituras ciertos códigos que las hacen expresar una “universalidad regional”, alineada con determinados rasgos de “semejanza”; concepto que debe ser entendido en el marco de la utilización que le ha dado Julia Kristeva (50). Siguiendo esta argumentación, el análisis destaca que las crónicas se hacen parte de la construcción de un relato compartido que “finalmente se torna importante para un gran número de personas” (52). Es en este punto que la autora enlaza el objeto del cual se ocupan las crónicas con el objeto de estudio de la historia. Aunque cronistas e historiadores contemporáneos aborden acontecimientos y eventos según los propósitos y objetivos que imponen sus respectivos quehaceres, desde ambas prácticas construyen (pequeños) relatos compartidos y los hacen trascendentes. De este modo, recordando lo que Paul Veyne señaló en la década de los setenta — “[S]aber conceptualizar todas las pequeñas percepciones que integran el ámbito de las vivencias” (citado en Barajas 52)—, Barajas señala que “[u]na de las relaciones entre la historia como discurso y las crónicas como enunciados literarios se establece en este punto de encuentro temático” (53). En este contexto, destaco que Barajas enfatiza cómo los y las

cronistas hacen visible aquello que al estar tan normalizado o naturalizado pasa inadvertido. En ese punto, y recurriendo, principalmente, a las ideas de Humberto Giannini, se centra en tres conceptos claves de la cotidianidad: “domicilio”, “trabajo” y “calle”. A continuación, articulando su pensamiento crítico desde las ideas de Michel Foucault, la autora se enfoca en la voluntad de saber que subyace en las crónicas, ya sea nutriendo un hecho verídico de aquello que pasa desapercibido, como también dando un lugar a aquello que parece no tener relevancia en otras disciplinas. En ese punto señala: “Hacerlos reales[, a los personajes, acontecimientos o lugares,] es permitir que sean escuchados, no más excluidos, como decir *sí existen, sí suceden*” (122-123, cursivas del original); los textos ofrecen, de esa manera, “el interior del dato” (123).

En el capítulo siguiente, “Nosotros (somos) los otros heridos por el poder público: el sujeto de las crónicas”, siguiendo las preguntas del clásico de la balada romántica de los tempranos ochenta “¿Y cómo es él?”, de José Luis Perales, Barajas se encomienda a analizar la voz que articula las crónicas: ¿quién es?, ¿cómo es?, ¿de dónde es? y ¿en qué lugar se enamoró de ti? De este modo, la académica se centra en identificar y ejemplificar cómo opera en la construcción del relato el narrador que, en este contexto, suele ser una primera persona en singular o plural. No obstante las similitudes que este narrador pueda tener con uno perteneciente a otros géneros literarios, o con otras voces presentes en la crónica periodístico-literaria, el cronista se diferencia de estos otros porque hay una “insistencia en mostrar vínculos de identidad con el relato escrito: al llamar la atención respecto a su trabajo narrativo, o, bien, al hacer notar su grado de afinidad con la historia narrada” (149). Es decir, Barajas enfatiza las formas como explícitamente el cronista va pauteando la lectura y llamando la atención del lector sobre sí mismo. Ahora bien, al intentar identificar el lugar desde el cual habla, se destaca nuevamente la pericia de la autora para sintetizar y encontrar líneas de argumentación ante una abundancia de posibilidades que ofrece su corpus de crónicas. Para este punto, la autora se apoya ampliamente en las ideas de Michel Foucault que son desarrolladas en la *Arqueología del saber*, y señala: “El cronista . . . no parece tener un ámbito institucional estable de dónde nutrir su habla semejante al hospital, la práctica privada, el laboratorio o la biblioteca del discurso médico, descritos por Foucault como organismos con funciones de interés público” (167). Y así se comienza a señalar una serie de fuentes desde donde proviene el habla de los cronistas: espacios abiertos, espacios públicos, la televisión, la radio, la prensa, eventos culturales, etc. Una vez signado el origen de las palabras del o la cronista, Barajas establece un entramado por medio del cual circulan las hablas, los hechos, los acontecimientos, los relatos, hasta llegar a la

escritura de la crónica. Es entonces cuando enlaza nuevamente las crónicas como constructoras de cotidianidad, pues esos “materiales” que recoge el o la cronista para su escritura se devuelven a esos espacios y a las personas en tanto lectoras de las crónicas (169-173). Luego, al continuar con las preguntas (y respuestas) de la canción de Perales, la académica se detiene en los medios a los que se recurre en la elaboración de las crónicas. En este sentido, es interesante la dedicación a la tecnología que antecede la escritura y que, a su vez, la nutre. De este modo, la académica venezolana analiza el “escuchar” y el “mirar”; acciones que son comúnmente asociadas con el quehacer cronístico y que, a su vez, legitiman, aportando evidencias de primera mano, su textualidad. Siguiendo esta misma idea, quisiera destacar que Barajas añade dos acciones más que no son señaladas con tanta frecuencia como parte constituyente del oficio de los y las cronistas: “saborear” y “degustar”. Todas estas acciones, que también se apoyan en otras tecnologías como cámaras, grabadoras y lápices, y que están asociadas a sentidos específicos (vista, oído, gusto), abren un campo léxico-semántico que enriquece la escritura de la crónica al mismo tiempo que invitan a otra manera de entender el registro de los acontecimientos.

En cuanto a las funciones del o la cronista, Barajas señala que quien escribe crónicas asume posturas particulares: el o la cronista es un reconstructor de historias “quien se abroga la tarea de dar a conocer un relato de importancia social hasta el momento desconocido por la opinión pública” (203). Asimismo, difunde información reveladora: “actúa denunciando otros hechos con distintas calidades de grave que afectan a un sector al parecer amplio de los personajes de las crónicas” (203). Y, por último, “entrega sus historias al lector para desmitificar, cuestionar o relacionar sucesos y actuaciones de ciertos personajes del mundo de las crónicas” (203). Por último, para terminar con este capítulo, no quisiera dejar de mencionar el espacio que Barajas dedica, tributando al trabajo de Susana Rokter, a analizar ese “nosotros” del que se hacen cargo los cronistas venezolanos de finales del siglo XX. En ese sentido, es relevante la disección que hace Barajas para diferenciar los varios *nosotros* que son acuñados en esas escrituras que circulan por la prensa. Si, por un lado, hay un “nosotros venezolanos”, que apela a una comunidad imaginada, también hay un “nosotros” que selecciona y que habla solo por algunos, tensionando la ilusión de las comunidades imaginadas.

En el tercer apartado, titulado “Ser de diversas escrituras: El relato de las crónicas” (261-311), Barajas comienza por abordar una de las clásicas preguntas que recibimos los profesores que enseñamos crónica: “¿qué diferencia existe entre una crónica y un cuento?”. Y en el proceso de establecer esa diferencia, la investigadora vuelve a ejercer una mirada lúcida que dialoga con otras disciplinas

que, por su parte, comparten algunos de los objetos que los cronistas toman como foco para la construcción de sus relatos. Nos recuerda Barajas que la crónica histórica, siguiendo lo propuesto por Hayden White, fallaba en tanto narración al carecer de un cierre que le diera una estructura y un sentido en el marco de una determinada legalidad: en ese contexto, esa crónica histórica se asemeja a la crónica periodístico-literaria que ella estudia. Sin embargo, a diferencia de lo propuesto por White para la construcción de la narración histórica, esa ausencia de final no es un defecto en las crónicas, sino una cualidad que se refiere a su función y una de sus señas distintivas. En la crónica periodístico-literaria, si bien existe un deseo de final, plantea Barajas que no lo existe en tanto que el cronista demanda un final al dar cuenta de una injusticia o de un acontecimiento irresuelto porque revela deudas sociales, políticas o culturales. Y “[e]n otras ocasiones, cada historia narrada por una crónica continúa en el presente sin *extinguirse*, sin nunca acabar *su acontecer de acontecimientos*, su continuo suceder, algunas veces más bien repitiéndose en el tiempo del *nosotros* compartido por el narrador y los lectores . . . ” (285, cursivas del original). En consecuencia, en el contexto de esa discusión es que la académica arguye el fuerte carácter presentista de las crónicas que componen su corpus. No obstante, señala que una mirada global permite identificar grandes hitos que han marcado ese presente, como es el caso de El Caracazo, ocurrido el 27 de febrero de 1989. Ese día los habitantes pobres de los cerros de la ciudad de Caracas bajaron a saquear la ciudad (294-295). Por último, en este capítulo también se explora la hibridez de las crónicas, caracterizándola como una “discursividad excéntrica”, que proviene de las disciplinas de las que es heredera: el periodismo, la historia, las ciencias sociales y la literatura; y, además, de la apropiación de hablas y de escrituras. La biografía, la autobiografía, la escritura de la información, y la escritura del consejo y del diálogo son algunos de los géneros y herramientas de las que las crónicas venezolanas se nutren para constituirse como escrituras singulares y autorizadas.

Para cerrar, como ya he mencionado, varias son las contribuciones que *Textos con salvoconducto* aportan al estudio de la crónica venezolana y, en un sentido más amplio, también al de la latinoamericana. Este libro se alinea con otros que se han estado publicando recientemente sobre este género y que recuerdan que la crónica tiene un lugar consolidado en los estudios literarios y culturales que se están realizando tanto en las universidades latinoamericanas como en las norteamericanas. Entre otros, destaco *Entre héroes, fantasmas y apocalípticos. Testigos y paisajes en la crónica mexicana* (2011) de Anadeli Bencomo; el libro de Viviane Mahieux, *Urban Chroniclers in Modern Latin America: The Shared Intimacy of Everyday Life* (2012), y el de Tania Gentic, *The Everyday Atlantic:*

Time, Knowledge, and Subjectivity in the Twentieth-Century Iberian and Latin American Newspaper Chronicle (2013). De este modo, este libro es de gran interés para todos quienes deseen profundizar en el estudio de la crónica como género periodístico-literario, en su hibridez y en las funciones que cumple dentro del discurso cultural y social. También es interesante para aquellos que quieran entenderla como una fuente para estudios históricos, sociológicos y culturales. Es, asimismo, una referencia importante para quienes deseen profundizar en los estudios interdisciplinarios y en la porosidad tanto de las fronteras disciplinares como de la especialización de los saberes.